

Poemas de *Tiempo al tiempo**

I

Claustro

Piedra mollar, de tanto espíritu
que anida en simbiosis con los gorriones,
piedra transparente, tallada desde dentro,
sobre la que apoyar la sien entelerida.

Nudo de espejos donde al fin los ojos
logran domar al ídolo de la confusión
mirando sólo transcurrir la fuente ingrávida
entre los magnolios y las cuatro esquinas.

Quien se niega dichoso a ser un elegido
tiene de sol a sol aquí un cenit en lengua
de fuego que le lame dócilmente la memoria.

Y quien se ha abrazado al esqueleto de la intemperie
aquí llega cargado con su hora más lúcida,
la extiende junto al agua y se echa sobre ella para siempre.

* De próxima aparición

II

Memento

Están detrás de cada tronco, debajo de la lluvia,
miran atravesándose los párpados,
sólo recuerdan frases incompletas, brillos grises,
saben que no tienen respuesta para ningún misterio,
ya se conformarían con poder pronunciar ciertos nombres,
pero callan para no atormentarse inútilmente,
se han quedado sin límites,
su único atributo es el mimetismo,
y tan sólo la inercia de alejarse aún más
los identifica con la cicatriz
que van dejando en el espacio.
Como si aún fueran mortales,
pierden memoria, se hacen más opacos,
tienen miedo de no haber existido,
beben en cada yema la piedad de la lluvia
y esperan cada noche que la sangre reciente
llene sus cuencas y los haga
todavía llorar.

III

Mírala mientras duerme y sueña que estáis vivos,
mira cómo le brilla el tatuaje dorado
de sus ojeras. Bailarina solista
en escenario de luz negra, ¿qué música le asiste
mientras respira a ritmo de escalada
interminable? Está dispuesta a sucumbir
en cuanto tú decidas extirparle
imágenes de ti que sólo ella ha entrevisto,
está oyendo en tu voz el texto primordial
que ella no puede rescatar para ti, te lo ha dicho
tantas veces. Y pone una mano ante sus párpados
como para disuadirte.

Es la hora
de renovar tus votos: matarás al dragón
de mil cabezas tuyas que la persigue en sueños,
protegerás el aura de su ausencia, esperarás
a que despierte y te sonría, a ver si es cierto
que otra vez ha pasado el peligro.

IV

Llueve por fin, como si nunca hubiera
dejado de llover, llueve al encuentro
de las reminiscencias embrionarias, sobre el cauce
del entrecejo más premonitorio, llueve en cada
vasija, por recóndita, por ciega bajo tierra, suenan todas
a desván con goteras infantiles, llueve bajo los árboles
que acunan sin mirar a sus ahorcados,
llueve en el haz de la ventana, en el envés
de cada imagen, llueve para que la mirada
se desdoble de tanto desear verse morir
fluida: una aquí, envuelta en esta opacidad
de tachadura blanca, y su simétrica
hipersensible al otro lado del cristal, mirando
siempre hacia adentro, oyendo lo que no está dicho,
una que dice qué decir y otra que ya
no necesita responder porque al fin llueve.

V

El paisaje se detiene en la hora más propicia.
Algo sospecha del final.

Lo que urge decir está entre signos
de admiración y está borrado.

Un sondeo insistente de yemas silenciosas avanza
hacia la inexactitud más significativa.

El presente es un ojo de huracán. Las formas
no podrán sobrevivir si no sellan un pacto
con un propio espejismo.

Cada hora propone una versión inédita
de la caída de la luz.

Cada color expuesto al mediodía
escarba en las cenizas del amanecer.

En cada imagen hay una batalla
perdida por los ojos hace tiempo.

Pero el mecanismo musical de la mirada
no le teme al vacío ni a la plenitud.

Pedro Provencio

